

Veritas

## LA PALIZA DE UN SANTO

P. Miguel Selga S.J.

Al poeta Quevedo le gustaba formar parte entre los corrillos de la gente, averiguar lo que sucedía en las calles y plazas y observar los cuadros de los museos e iglesias. Vió un día un lienzo en el cual aparecía un venerable anciano, enjuto de carnes, al que atizaban una solemne paliza una serie de brazos forzudos. Como no entendiérase Quevedo el significado de aquel cuadro, pidió al frailecico lego le declarara la historia de aquella escena.

Que me place, contestó el frailecico, como vos seais cristiano — Cristiano soy, dijo Quevedo, y cristiano viejo, bautizado y crismado en la parrquia de San Ginés. Pues bien, comenzó el frailecico, ese anciano que veis en el cuadro, ss dedicó en su juventud al estudio de las letras y a la lectura de los clásicos paganos. Leyó a Séneca, Livio, Lucano, Cicerón y Virgilio. Más que de teólogos era amigo de filósofos. Siempre que le era posible, escuchaba a los abogados famosos. Así llegó a ser un brillante escritor con estilo de corte clásico y lenguaje rico y elegante.

Por aquel tiempo no pensaba en ser santo: se convirtió, pero aun después de su conversión continuaba más aficionado a la lectura de los libros clásicos de los paganos, que a los escritos de los Santos Padres. En la autobiografía que escribió después de su conversión dice: Yo ayunaba antes de leer a cicerón. Después de muchas

noches pasadas en vela, después de muchas lágrimas que me hacía derramar el recuerdo de mis pecados, corría en busca de los diálogos platónicos. Y luego, cuando al vlver en mí, me dirigía a los profetas; sus palabras, me parecían groseras y descuidadas. En una fiebre violenta que me sobrevino me creí transportado en espíritu ante el tribunal supremo. "Quien eres tú?" me preguntó una voz y yo respondí: "Soy un cristiano". "Mientes", me dijo el juez, "no eres un cristiano: eres un ciceroniano." "En el mismo instante", continuó el lego, cambiando el tono de voz, "ese viejo que se llama Jerónimo se sintió cogido ppr unas manos terribles y golpeado y azotado y zarandeado. "Ahí tiene, señor", añadió el frailecito con voz apresurada, "Ahí tiene el significado del cuadro que vuestra señoría contempla."

La pasión de Jerónimo por los clásicos y la lectura de Cicerón fue lo que más le impresionó a Quevedo. Cabelmente por aquel entonces empezaba a abrirse paso en la literatura castellana el espíritu gongorino con desprecio de los clásicos de la edad de oro y era aclamado por el pueblo un tal Montalbán, que le gustaba escribir en estilo gongorino.

Al pie del cuadro de San Jerónimo se le ocurrió a Quevedo poner esta cuarteta improvisada.

*¡Vaya palos que le dan,  
porque a Cicerón leía!  
¡Ira de Dios! Qué sería  
si leyera a Montalbán?*